

GRANADA

CIENCIA ABIERTA



● De la civilización basada en la producción para subsistir se pasó a la producción masiva para generar beneficios económicos a unos pocos

Yo consumo, tú consumes...

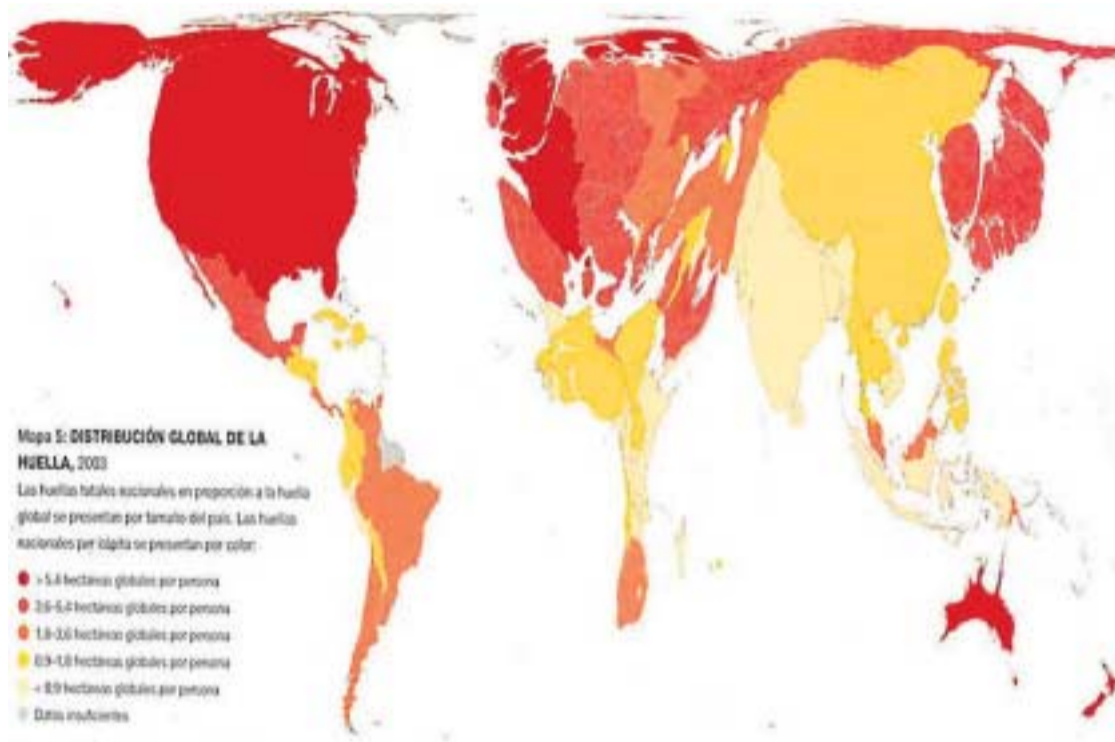
F. Javier Perales Palacios

La Ecología, una de las grandes ciencias emergentes del siglo XX, al tratar de interpretar la relación entre los seres vivos de nuestro planeta distingue entre productores, consumidores y descomponedores, eslabones imprescindibles de las cadenas tróficas que perpetúan el ciclo vital. En este "ciclo sin fin" que diría la banda sonora de la célebre película del *Rey León*, el ser humano siempre ha chirriado. Su pretendida inteligencia y superioridad consecuente le ha convertido en un consumidor voraz que ha alterado gravemente las cadenas tróficas previas a su configuración evolutiva como "homo sapiens". De la civilización basada en la producción para subsistir se pasó, con la Revolución Industrial y la disposición de fuentes de energía fósiles, a la producción masiva para generar beneficios económicos a unos pocos a costa de condiciones laborales precarias de unos obreros con-

Desde que nos levantamos hasta que nos acostamos somos "homo consumus"

vertidos a la par en potenciales clientes de bienes de consumo. Esta espiral endiablada de producción-consumo se ha mantenido, si no incrementado, de forma ininterrumpida durante los dos últimos siglos. El modelo económico subyacente encontró escasas réplicas y, si las tuvo –el caso del Marxismo–, su puesta en práctica conllevó atropellos a los derechos humanos difícilmente justificables.

Llegados a este punto, la crisis actual que nos azota durante los últimos años parece haber reforzado los argumentos de los defensores de esa filosofía económica: "Necesitamos crecer, España lidera la recuperación económica, solo crearemos empleo cuando el consumo de las familias aumente...". Son frases lapidarias que casi nadie parece poner en cuestión, son dogmas ante los que no cabe discusión. ¿Es que no existen alternativas? ¿Es que nos olvidamos de los productores primarios y de los descomponedores de las cadenas tróficas antes aludidas?



Una valla publicitaria que invita al consumismo.

En el año 1972 se produjo la primera advertencia seria sobre lo que se nos podía acercar si seguíamos por la senda anterior, el informe *Los límites al crecimiento* (conocido también como Informe Meadows en honor a la científica responsable del mismo, Donella Meadows) vaticinaba la posibilidad de agotar los recursos naturales si proseguía el incremento de la población mundial, la producción industrial, de alimentos o

la contaminación subsiguiente. Como suele ocurrir en estos casos, los informes suelen acabar en los cajones de quienes los encargaron y se miró para otro lado. Los años posteriores vieron surgir conceptos que intentaron poner nombre a estos riesgos, como fue el caso de la "huella ecológica" o "el desarrollo sostenible".

Cuando trato de explicar a mis alumnos de Educación Ambiental los riesgos que acechan a

nuestro planeta, al final acabo sintetizando la responsabilidad que todos tenemos ante esta situación en nuestra capacidad de consumir. Responsabilidad difusa, inconsciente, pero que ha sido tenazmente impregnada en nuestro código genético por los agentes económicos a través de un sutil despliegue de medios (publicidad, medios de información, ámbito familiar...) que nos envuelve hasta fagocitarnos. Todo ello rematado por la corriente globalizadora que, como mancha de petróleo, ha ido extendiéndose hasta las sociedades más aisladas a las va convirtiendo en nuevas víctimas propiciatorias para la religión del consumo.

Desde que nos levantamos hasta que nos acostamos somos "homo consumus" (<https://www.youtube.com/watch?v=8a8eAqfA7qU>) y es entonces cuando o nos dejamos llevar por las corrientes imperantes o comenzamos a romper ese círculo vicioso: el consumo de agua y energía, lo que cocinamos y cómo lo hacemos, los alimentos que adquirimos, los productos para la limpieza, la ropa con que nos vestimos, los embalajes que usamos, el medio de transporte con que nos desplazamos, la obsolescencia programada en muchos dispositivos tecnológicos, la regla de las tres 'R', el compromiso con organizaciones sociales, etc., son todas ocasiones para comenzar a pensar sobre el coste ambiental de lo que hacemos y

actuar en consecuencia. Así, por ejemplo, una simple camiseta de algodón ha supuesto un coste en agua de unos 4.000 litros y una hamburguesa 2.000, en el caso de esta última y si la adquirimos en uno de los establecimientos especializados en este tipo de productos habría que sumarle una ingente de residuos en forma de plásticos, tan innecesarios como difícilmente reciclables.

Pero ¿hay alternativa a esta ideología dominante presidida por el lema "el consumo te da la felicidad" frente a la filosofía tolstoiana de que "el hombre feliz no tenía camisa"? ¿Para qué necesitamos crecer?, el idolatrado crecimiento del PIB suele producirse a costa de más horas de trabajo y con salarios más bajos, todo ello en paralelo al estímulo de nuestras necesidades "básicas": móviles de última generación, ropa a la moda, coches más aparentes... Las últimas décadas han visto surgir formas de pensamiento como la del "Decrecimiento". Nicolas Ridoux, en su libro *Menos es más. Introducción a la filosofía del decrecimiento*, lo describe como "una disminución regular del consumo material y energético, en los países y por parte de las poblaciones que consumen más de su huella ecológica admisible, desechando en primer lugar lo superfluo material en beneficio de un incremento de las relaciones humanas". Cada vez más colectivos sociales practican esa filosofía, y lo hacen en situaciones como la producción y consumo de alimentos ecológicos, el trabajo com-

Una simple camiseta de algodón supone un coste de agua de 4.000 litros

partido y voluntario o el comercio justo y solidario.

Que no nos cuenten más cuentos, crecer en qué y para qué. Está claro que padres y educadores tenemos y podemos hacer mucho por romper con la inercia que tratan de imponernos, y lo podemos hacer con nuestro testimonio y con acciones que evidencien los condicionantes que nos atenazan y lo que realmente necesitamos para vivir. Y si no, siempre nos queda África como estremecedor espejo.